

## ¿Por qué seguir reflexionando a 20 años de H.I.J.O.S.?

**Luciano Alonso\***

CESIL, FHUC-UNL / IHUCSO, UNL-CONICET  
lucalonso@arnet.com

### **Sobre cómo pasó algo, donde podría no haber sucedido nada**

Los relatos sobre la emergencia de los organismos de derechos humanos enunciados por sus protagonistas años después, se caracterizan por las mismas pautas que cualquier otro proceso de rememoración: se destacan aspectos o acontecimientos puntuales, se oscurecen u olvidan otros, se señalan papeles diferentes y hasta contradictorios respecto de unas u otras personas y, sobre todo, se cristalizan poco a poco detalles y razonamientos. En un punto, la inmensa mayoría de los relatos llegan a parecerse a ellos mismos, algo que cualquier investigador/a sabe por el simple hecho de apreciar la reiteración de narrativas que se han ido gestando en el seno del colectivo pero también en función de aportes exteriores a él.

Para más, en el caso de este tipo de agrupamientos movilizados la memoria de las luchas ha adquirido un peso muy fuerte en la constitución identitaria de los sujetos y en la justificación de las acciones presentes. El relato sobre el propio pasado constituye un pivote fundamental, inescindible de los intereses y los deseos actuales o –mejor– mucho más claramente enlazado con éstos que en otros agentes movilizados. Y como es habitual, un relato decantado, asimilado, casi canónico, no puede menos que evitar la idea de que las cosas pudieron no haber sido como fueron.

De hecho, no es “natural” que los descendientes de personas represaliadas – desaparecidas, asesinadas, torturadas,

encarceladas, desterradas– se reúnan para reclamar algún tipo de justicia respecto de lo ocurrido con sus madres y padres. No hay ningún vínculo necesario entre una y otra cuestión y siempre constituyó una dimensión de interrogaciones o incluso preocupaciones la situación de “los hijos que no estaban en H.I.J.O.S.”(1). Por otra parte, llegó a ser poco relevante el vínculo filial para participar del agrupamiento cuando, como lo destaca Santiago Cueto Rúa en su contribución a este dossier, muchas regionales de H.I.J.O.S. pasaron a lo que se denominó “población abierta”, admitiendo en su seno a militantes que no tenían un pasado familiar asociado al “barómetro del sufrimiento” instalado por la represión. Si la emergencia de H.I.J.O.S. se produjo, no fue entonces por la simple maduración biológica de algunos individuos, sino por un proceso histórico-político concreto, que dio a luz algo allí donde podría no haber habido nada.

La aparición pública en distintos actos a lo largo de varias localizaciones del país y del extranjero de la agrupación H.I.J.O.S. puede ser vista como un punto de partida, pero a un tiempo fue un punto de llegada. Primero, la fijación en el momento de la emergencia suele ocluir las experiencias anteriores. Claramente, H.I.J.O.S. no constituyó la primera articulación de agrupaciones juveniles en torno a la defensa de los derechos humanos violados por las dictaduras regresivas, sino que puede inscribirse su aparición en una genealogía de las resistencias –o llamémoslas mejor “contrapoderes”. Como lo muestra Florencia Basso, ya en una fecha tan temprana como 1981 puede registrarse una agrupación

juvenil que se define por la inscripción en el exilio, en tanto que las experiencias de los Frentes de Apoyo a Madres o la existencia de colectivos culturales vinculados con el movimiento de derechos humanos resultaron lugares donde se formaron los lazos políticos y de afinidad que plasmaron luego en la nueva agrupación (Alonso, 2010 y 2011).

Desde esa perspectiva, la formación de H.I.J.O.S. puede ser vista como el resultado de la acumulación de capacidades previas del movimiento de derechos humanos, pero también de desarrollos que no necesariamente se inscribieron en su seno. Históricamente, las capacidades necesarias para las formaciones futuras se desarrollan mediante ciertas formas de organización previas con objetivos profundamente diferentes de los de la configuración posterior (Sassen, 2010: 68). Es de destacar entonces cómo en la construcción de H.I.J.O.S. confluyeron no sólo personas que sintieron por primera vez el deber moral de “estar ahí”, sino muchas más que habían pasado por anteriores formas de movilización y que –en una época de triunfo neoliberal y descrédito de los partidos políticos– pensaban que la política “estaba en otra parte”.

De allí que sea errónea la noción de un proceso formativo disparado por las declaraciones de Adolfo Scilingo o la admisión de la culpabilidad de las Fuerzas Armadas por Martín Balza. Por el contrario, si Scilingo y Balza renovaron las referencias al proceso de exterminio de opositores –y hay que recordar que, si bien descollantes, no fueron las primeras voces militares en hablar de lo ocurrido– fue en gran medida como respuesta a una sostenida presencia de las memorias resistentes o críticas, que ponían en jaque a la solución menemista que pretendía una reconciliación sin ninguna forma de justicia.

Las condiciones de posibilidad de H.I.J.O.S. fueron muy variadas: una época histórica

centrada en la recuperación de las memorias de las represiones y exterminios, un descrédito de la política partidaria y la búsqueda de nuevas formas de acción en la movilización social, el acceso a la edad de la inserción en las militancias político-sociales de muchos hijos de desaparecidos y un largo etcétera. Pero todas esas condiciones no hubieran llevado a nada sin la conjunción de voluntades vinculadas por experiencias comunes. Experiencias pasadas: las del horror, las de la falta, las de la ausencia. Experiencias presentes: las de las luchas contra un orden neoliberal que se afirmaba – y que, recordemos, nunca se fue del todo–.

Es entonces necesario superar los lugares comunes de los propios relatos consagrados. Preguntarse cómo fueron emergiendo agrupaciones de nuevo cuño, tal cual lo hacen en los textos siguientes Cueto Rúa para Argentina, Basso para México y luego otra vez Argentina, Sempol para Uruguay y Peñaloza Palma para Chile. Y los resultados de esas indagaciones, lejos de aportar seguridades incommovibles, no dejan de abrir nuevas preguntas y otros frentes de investigación.

### **Sobre el impacto de lo que pasó**

Es ya también un lugar común vincular la emergencia de H.I.J.O.S. a la práctica del “escrache”, aunque es mucho menos corriente ver las, a veces notorias, a veces sutiles diferencias que se establecieron entre una y otra regional de la agrupación, como lo hace Magdalena Pérez Balbi en su texto dedicado a HIJOS La Plata. Los años de 1990 fueron para Argentina tiempos de reconfiguración de los agentes colectivos y de sus repertorios de acción y discursivos. Desarticuladas primero las tendencias clasistas por el terror de Estado, debilitada luego la representación sindical de intereses a medida que se avanzaba en la configuración del orden neoliberal, el

movimiento piquetero y el de derechos humanos aparecían como entidades que venían a renovar el sentido de la política y las formas de acción. En ese sentido, el escrache constituyó el elemento más impactante del, por otra parte, muy amplio repertorio de acciones de las distintas regionales de H.I.J.O.S.

Otra vez, no se trató de una pura invención o de una generación espontánea. Desde la articulación expresiva del movimiento de derechos humanos con distintos colectivos artísticos y de la escenificación de “juicios populares” a los responsables del incremento de la deuda externa en la década del ’80, una larga experiencias de *performances* jalónaba las acciones de agrupaciones semejantes. Pero H.I.J.O.S. hizo del escrache una justicia en acto. Aunque nunca hubo un modo “correcto” o una forma “pura”, los escraches suponen una manifestación callejera que denuncia una injusticia, imputando directamente (a una persona o institución) una falta –en este caso un delito– mediante la aplicación de recursos expresivos variados. Ante la defeción del Estado, que no castigaba los crímenes cometidos, se potenciaba una forma de acción directa que intentaba construir una justicia alternativa.

Pero H.I.J.O.S. no sólo innovó en esa dimensión de la acción colectiva. También generó un nuevo ámbito de debate y formación política, permitió la articulación entre agrupamientos institucionalizados y juveniles, diluyó la diferencia entre lo privado y lo público al hacer de los testimonios personales o de los festejos de distinta índole espacios de politización. Y, por sobre todo, conformó una agrupación juvenil en red que no estaba atada a los espacios locales, pero tampoco diluía su identidad en una globalidad difusa o una institucionalidad direccionada “desde arriba”. En cierto momento, cuando en Argentina no se había producido aún una uniformización de los

discursos en función de la adhesión de la inmensa mayoría de las regionales a la política kirchnerista y el Plenario Nacional podía ser un lugar de debates entre visiones contrastadas, H.I.J.O.S. fue un auténtico actor “global”: disperso a través de redes facilitadas por la infraestructura de otros organismos de derechos humanos y por los recursos culturales de una abrumadora pertenencia a las clases medias y en especial a las clases de servicio, pero al mismo tiempo inscripto en realidades locales y con niveles de desarrollo muy diversos, sea en Buenos Aires, Santa Fe, Resistencia, Córdoba, Barcelona, Madrid o Estocolmo. El impacto externo del organismo fue entonces de hondo calado. Su trascendencia fue grande tanto en lo que hizo a la renovación de la política argentina y a la difusión de formatos de acción y discursivos a algunos otros lugares iberoamericanos, como en lo referente a su llegada a los medios masivos de comunicación, que aún con miradas sesgadas dieron cuenta de las actividades del colectivo.

Pero buceando en lo que Ángel Calle (2007) denomina el “impacto interno”, este no fue menor. Las transformaciones de la subjetividad militante no sólo incluyeron la construcción de un “nosotros”, sino que en muchos casos encontraron puntos de sutura entre experiencias y saberes de distintos ámbitos –universitario, artístico, de asistencia social, educativo en general, jurídico– con los del activismo pro derechos humanos. Como ocurre con tantas otras vivencias, el haber pasado aunque sea brevemente por H.I.J.O.S. no fue lo mismo que no haber estado nunca allí. De muchas personas casi que podría decirse que encontraron un nuevo sentido a sus vidas, sin que eso pareciera excesivo.

Aunque también es cierto que esos sentidos nunca dejaron de estar disputados. Si para los miembros de las agrupaciones la relación

con sus padres se expresaba en el rescate de una memoria y la valorización de una militancia, para los integrantes de agrupaciones como Familiares, Madres y Abuelas, H.I.J.O.S. venía a cubrir la expectativa de un relevo generacional. De ese modo, las tradiciones de lucha y las posiciones favorables al cambio social –con muy diversas acepciones– implicaban una circulación compleja: de los hijos (los desaparecidos) a las Madres y de éstas a los H.I.J.O.S.; y quizás las expectativas fueron muchas. Para algunos militantes “...nos quedó grande lo del relevo generacional. Quisimos ser demasiado, nos pusimos en el lugar del pueblo: «Madres de la Plaza, los Hijos las abrazan.»”

Si el impacto interno y la constitución de pequeñas y densas “comunidades de memoria” fueron elementos que cohesionaron al colectivo y permitieron el predominio de ciertas tendencias en su seno, el impacto externo hizo a H.I.J.O.S. tremendamente atractivo en términos de conformación de lazos políticos y cantera de recursos movilizables. Sea por afinidades y cariños, sea por cálculos y criterios de representatividad, muchos integrantes de H.I.J.O.S. se constituyeron en interlocutores privilegiados de la política kirchnerista. Y así como hubo hijas/os que se alejaron en esos momentos, hubo otras/os que se acercaron frente a una nueva etapa en la cual la movilización social dio paso a la institucionalización política.

Como todo movimiento social, H.I.J.O.S. tendió a la institucionalización y a la normalización. Porque en el seno de la normalidad política y las instituciones consagradas se consiguen recursos y resultados que la autonomía hace muy difícil lograr. En algunos casos las agrupaciones se acercaron claramente a las instituciones estatales nacionales durante las presidencias de Néstor Kirchner y Cristina Fernández (Santa Fe), en otros se dividieron claramente

en función de un corte político (La Plata), en otros fueron directa creación de las instituciones estatales argentinas (la tercera edición de Madrid). Hoy que los recursos públicos ya no son tan accesibles y que se abre una nueva etapa de luchas frente a un gobierno nacional claramente opuesto a las tradicionales banderas de memoria, verdad y justicia, el derrotero de todas esas experiencias es incierto.

Aunque ya cabría preguntarse si se trata de las mismas experiencias emergentes hacia 1995.

### **Sobre el pasado**

Hace ya bastante tiempo Michael Hardt y Toni Negri expresaron con notoria claridad la necesidad de los movimientos de derechos humanos de construir un régimen de verdad sobre el pasado, necesidad que se extiende al conjunto de la sociedad cuando tanto las élites como las clases y sectores sociales más amplios esperan dejar atrás una etapa e iniciar otra:

“En el contexto del terror de Estado y el desconcierto, aferrarse a la primacía del concepto de verdad puede ser una enérgica y necesaria forma de resistencia. Determinar y hacer pública la verdad del pasado reciente – atribuyendo a los funcionarios estatales la responsabilidad de actos específicos y, en algunos casos, exigiendo reparación– se presenta... [tras una experiencia de terror de Estado] como la inevitable condición previa para cualquier futuro democrático...” (Hardt y Negri, 2001: 151).

Pero la verdad es siempre algo en disputa. No es esto semejante al “todo vale” del relativismo extremo: hay afirmaciones más verdaderas que otras (llueve o hay sol), más

verosímiles que otras (hubo terrorismo de Estado o guerra sucia), más rectas que otras (hago esto por convencimiento o por dinero). Sin embargo, hay que admitir que las afirmaciones sobre el mundo social son permanentemente objeto de controversia, aunque sea porque las experiencias, informaciones, intereses y deseos de los agentes individuales y sociales son ampliamente diversas y no existe un lugar de transparencia discursiva donde la razón se imponga formalmente. Y como lo muestra Ludmila Da Silva Catela en su texto de este cuaderno, el pasado es un lugar de disputas de sentidos, representaciones y posicionamientos.

Mientras el pasado no termine de pasar, mientras no sea recuerdo posterior a cuatro o cinco generaciones –lo típico en las sociedades occidentales, muy distintas en eso de las indígenas americanas o de las judías y musulmanas–, mientras los muertos no terminen de morir o –al decir de Benjamin– sigan a merced de un enemigo que no cesa de vencer, mientras ocurra todo eso harán falta agrupaciones como H.I.J.O.S.

Y lo que acecha a esas organizaciones, definidas por un vínculo de sangre, es mucho más peligroso que el tiempo del olvido: es el tiempo de la propia vida.

Con respecto al terror de Estado y sus efectos, los primeros “hijos” no fueron los H.I.J.O.S, sino aquellos detenidos-desaparecidos a los que buscaban personas reunidas en agrupamientos como Familiares de Detenidos y Desaparecidos por Razones Políticas y Madres de Plaza de Mayo. “Nuestros hijos” fue la expresión más frecuente en el contexto de una búsqueda y llegó a ser el título de un libro de homenajes publicado en 1987 por la Asociación Madres de Plaza de Mayo. Luego las/os hijas/os de aquellas personas desaparecidas / asesinadas / presas / exiliadas, fueron las/os que comenzaron a reunirse en distintos

ámbitos y que emergieron como agrupación en red en 1995 con el nombre de H.I.J.O.S. Por fin, en algunos casos pueden encontrarse a “los hijos de los H.I.J.O.S.” – llamados “los nietos” en algunas presentaciones en torno al 2006–, en una suerte de saga familiar de la memoria que se piensa como contrapoder.

Esa simple variación de la noción de hijo/hija es todo un indicio de un problema. ¿Se puede “ser hijo para toda la vida”? ¿Se puede permanecer como vicario de una palabra que ya no se reconocería en lo que se dice actualmente, cuando el “capitalismo responsable” ha reemplazado a la “revolución socialista” y a la “liberación nacional”? ¿Cuándo llega el momento en el cual una/o es dueño de sus propias palabras, de su propio proyecto, y no necesita justificarlo en el pasado, sino pensarlo para el futuro?

Quizás H.I.J.O.S. ya sea también parte del pasado. Parafraseando a Thompson, no está de más transformar a esa agrupación en un objeto de investigación, aunque más no sea porque esas mujeres y hombres vivieron experiencias que otros no vivimos (o que vivimos diferente) y comprender sus acciones es relevante para conocernos como sociedad. Pero tampoco podemos tratar a los agentes colectivos como “perros muertos”, que no tengan nada que decirnos y que no motiven nuestra propia reflexión. En ese camino, las contribuciones que siguen a este escrito bucean en distintas dimensiones de un problema multiforme.

Y está bien que sigamos indagando sobre ello, porque si algo caracteriza al animal humano es su vínculo con el pasado, no importa cuán lejano o cercano pueda sentirlo.

#### **Notas:**

\* Luciano Alonso es graduado en Historia, magister en Historia Latinoamericana y en

Ciencias Sociales y Doctor en Historia. Actualmente es profesor ordinario en las Universidades Nacionales del Litoral y de Rosario, en cátedras de Historia Social y Teoría Social, y director del Centro de Estudios Sociales Interdisciplinarios del Litoral de la UNL. En los últimos años ha desarrollado estudios sobre movilización pro derechos humanos y violencia política desde los años de 1970 a la actualidad. Entre sus libros destacan *Defensa de los derechos humanos y cultura política: entre Argentina y Madrid, 1975-2005* (UNIA, 2010), *Luchas en plazas vacías de sueños. Movimiento de derechos humanos, orden local y acción antisistémica en Santa Fe* (Prohistoria, 2011) y las compilaciones con Adriana Falchini *Memoria e Historia del Pasado Reciente. Problemas didácticos y disciplinares* (UNL, 2009) y *Los archivos de la memoria. Testimonios, historia y periodismo* (UNL, 2013) y con Gabriela Águila *Procesos represivos y actitudes sociales: entre la España franquista y las dictaduras del Cono Sur* (Prometeo, 2013).

(1) Aun cuando hay muchas agrupaciones de “Hijos” de represaliados y víctimas de la represión estatal y paraestatal en el ámbito iberoamericano, las presentes páginas están centradas en las agrupaciones argentinas, por lo que mantengo la sigla original, a pesar incluso de sus variaciones ocasionales posteriores. Véase sobre ese aspecto Alonso, 2014.

### Referencias bibliográficas:

(Algunas de las expresiones entrecorilladas corresponden a entrevistas a integrantes o ex integrantes de H.I.J.O.S. Santa Fe y Madrid, citadas en la bibliografía de mi autoría)

Alonso, Luciano (2010) *Defensa de los derechos humanos y cultura política: entre Argentina y Madrid, 1975-2005*, Santa María de La Rábida / Sevilla, Universidad Internacional de Andalucía, edición en línea en <http://dspace.unia.es/handle/10334/187>.

Alonso, Luciano (2011) *Luchas en plazas vacías de sueños. Movimiento de derechos humanos, orden local y acción antisistémica en Santa Fe*, Rosario, Prohistoria Ediciones.

Alonso, Luciano (2014) “Hijos”, en Andreina Adelstein y Gabriel Vommaro (coords. y eds.) *Diccionario del léxico corriente de la política argentina. Palabras en democracia (1983-2013)*, Los Polvorines, Universidad Nacional de General Sarmiento. Asociación Madres de Plaza de Mayo (1987) *Nuestros hijos*, Buenos Aires, Contrapunto.

Calle, Ángel - “El estudio del impacto de los movimientos sociales. Una perspectiva global”, en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* Nº 120, Madrid, 2007.

Hardt, Michael y Negri, Antonio (2001) *Imperio*, Buenos Aires, Paidós.

Sassen, Saskia (2010) *Territorio, autoridad y derechos. De los ensamblajes medievales a los ensamblajes globales*, Buenos Aires, Katz Ed